

CANTO XLIII.

Historia de la copa encantada. — Viaje de Reinaldo. — Adonio y Argia. — Reinaldo desembarca en la isla de Lampedusa. — Lamentacion de Flordelis. — Exequias de Brandimarte. — Muerte de Flordelis. — Cura el ermitaño las heridas de Oliveros y de Sobrino. — Comunión y bautizo de este último.

¡Oh execrable avaricia!
 ¡Oh sed funesta de adquirir! bien creo,
 Que á aquel de quien ya vicia
 Perversa inclinacion el alma, puedes
 Envolver sin esfuerzo entre tus redes.
 Difícilmente, empero, me resigno
 A dar por cierto que obtener tal palma
 Puedas del mismo modo sobre el alma
 De aquel que, por su ciencia ó su talento,
 Pudiera ser de eterna fama digno.

Hombre hay que el mar, la tierra, el firmamento
 Midiendo, y de natura
 Sabiéndose explicar cada portento,
 De Dios se eleva casi hasta la altura;
 Y si por caso siente
 Tu mortífero diente,
 Su calma trueca en inquietud inmensa,
 Y en hacinar tesoros solo piensa.

Rompe ejércitos otro, y animoso
 Salta ó derriba la enemiga valla,
 Y, su vida exponiendo y su reposo,
 Queda dueño del campo de batalla.
 Esto no obstante, preso te condenas
 A vivir y morir en tus cadenas,
 Y despótica siempre sacrificas
 De ingenios mil las producciones ricas.

¿Qué no diré de algunas
 Bellas y altas señoras que, constantes,

Inmóviles resisten, cual columnas,
 Al tierno ardor de jóvenes amantes?
 Mas llega en esto la avaricia, emplea
 No sé qué seducción, qué encantamiento,
 Y á un monstruo, ó al anciano que chochea,
 La dama sin amor cede al momento.

No sin causa me quejo. Que me entiendan
 Si pueden los demas; yo bien me entiendo.
 Y volviendo á mi asunto
 De nuevo pues mi narracion emprendo.

De llevarse á la boca estaba á punto
 La copa el héroe, cuando
 Con prudente atencion reflexionando,
 « Loco estar debe, » dice,
 « Quien á saber se expone
 « Cosa que teme ver que se realice.
 « Mi mujer es mujer, débil por tanto;
 « Y pues vivo feliz en mi creencia,
 « Y pues nada, exponiéndome, adelanto,
 « ¿De qué puede servirme esta experiencia?
 « Tentar á Dios es imprudencia suma:
 « Y no es su voluntad, á lo que opino,
 « Que saber mas de lo que se presume.
 « Llévase pues la copa con el vino;
 « No tengo sed, ni gana
 « De tenerla jamas, pues prohibida
 « Esa copa me está, cual la manzana
 « Al padre Adán del árbol de la vida.
 « Probando la manzana, Adán del cielo
 « La voz desoye, y siente su alegría
 « Trocarse al punto en afliccion y duelo.
 « Aquel así que espía
 « Cuanto hace su mujer ó cuanto dice,
 « Su dicha arriesga y su placer, y acaso
 « Rompe por siempre una ilusion felice. »
 Así diciendo, y repeliendo el vaso,
 Estremecido nota
 Reinaldo el mar de lágrimas que brota

De los ojos del huésped, que, algun tanto
 Calmado, luego dice : « ¡ Oh malhadada
 « Hora en que hacer determiné la prueba
 « Que me privó de mi consorte amada!
 « ¿Porqué diez años ántes tu vista
 « No recibí, señor, y estos consejos?
 « Evitárame al ménos tanta cuita
 « Y los graves enojos
 « Que arrasan sin piedad mis ciegos ojos.
 « De todos los tormentos que hoy me afligen
 « Escucha, pues, la causa y el origen.
 « Detras de tí dejaste, y aquí cerca,
 « Una ciudad, al pié de cuyos muros
 « Forma como una alberca
 « El claro rio que en Benaco nace,
 « Y que en pagar tributo al Po se place.
 « Edificada esta ciudad fué cuando
 « Del dragon de Antenor á saco puesta
 « La villa fué por enemigo bando,
 « Y en ella naci yo de stirpe honesta,
 « En una humilde y condicion modesta.
 « Mas si fortuna me negó sus dones,
 « A su falta suplió naturaleza,
 « Haciéndome en belleza
 « A mis iguales superior. No apruebo
 « El propio elogio; mas decirte debo
 « Que mas de una doncella, y de una dama,
 « Sintió por mí de amor la fuerte llama.
 « En la ciudad á la sazón vivia
 « Un hombre de saber grande y profundo,
 « Que veinte y cinco lustros resumia
 « Cuando vino á perder la luz del dia.
 « Retirado del mundo,
 « Cuerdo vivió toda su vida, y loco
 « De amor al fin por una dama, obtuvo
 « Sus favores con dádivas, y á poco
 « En secreto una niña de ella tuvo.
 « Mas, resuelto á impedir que su decoro,

« Cual la madre, esta niña
 « Sacrifique mas tarde á un poco de oro,
 « Del popular comercio la secuestra,
 « Y en medio á esta recóndita campiña
 « A los demonios fabricar ordena
 « Esta morada de prodigios llena.
 « Por púdicas matronas educada
 « Creció la jóven, de beldad modelo.
 « Del trato de los hombres alejada,
 « Ni oyó de ellos hablar. En su desvelo
 « De excitar su virtud con los ejemplos,
 « Aquí reproducir hizo el anciano
 « Imágenes de damas, contra quienes
 « Nada el amor podrá con sus vaivenes.
 « Y no solo adornó las salas bellas
 « Con los bustos de aquellas
 « Que ilustraron el mundo hasta el presente,
 « Sino que ver podrás sobre esos muros
 « Varias, cual las que ves cabe esta fuente,
 « Que en los siglos futuros
 « Gloria han de ser de la italiana gente.
 « El padre, á mas de un signo,
 « Viendo en fin que la niña está madura;
 « Ya fuese mi desgracia, ó mi ventura,
 « De tal favor repútame el mas digno,
 « Y con la mano de su jóven hija,
 « En dote esta mansion, y estanques, prados,
 « A veinte millas en redor me fija.
 « Bella y cumplida era la niña, cuanto
 « Se puede apetecer que mujer sea.
 « Cual Pálas, ó mejor, de oro sabia
 « Tejer un velo, ó recamar un manto:
 « Su andar, su voz, su canto,
 « Celestes parecian, no mortales,
 « Y al nivel de su padre la ponía
 « Su saber en las artes liberales.
 « A su gracia, á su ingenio, á su hermosura,
 « Que hasta á las duras peñas ablandara,

« Reunia un amor , una dulzura ,
 « Cuyo solo recuerdo me acibara.
 « Estar conmigo , acompañar mis pasos ,
 « Era todo su afan y su alegría.
 « Dias así felices , mas escasos ,
 « Pasamos ¡ ah ! por imprudencia mia.
 « Muerto mi suegro cinco
 « Años despues del referido enlace ,
 « El dolor me legó que , con ahinco ,
 « En devorar mi pecho hoy se complace.
 « Miétras que de su hija
 « El amor con sus alas me cobija ,
 « Llega una noble y principal señora ,
 « Que de mí ciegame se enamora.
 « Sabia cual la mas célebre hechicera ,
 « Esta dama sabia
 « Parar al sol en medio á su carrera ,
 « Y hacer de noche oscura claro dia.
 « No empero recabar del alma mia
 « Pudo el remedio , que á su amante furia
 « Yo otorgar no podia ,
 « Sin hacer á mi esposa grave injuria.
 « Su beldad , sus instancias , sus ofertas ,
 « Todo fué vano ; nada
 « Abrir á su pasion logró las puertas
 « De mi alma , consagrada
 « A una esposa tan fiel como adorada.
 « Ufano en tanto yo con la certeza
 « Del amor de mi esposa , la belleza
 « De la jóven de Leda desdeñara ,
 « Y el ingenio , el saber y la riqueza
 « Que del Ida al pastor Pálas y Juno
 « Pudieron ofrecer. Con vana cuita ,
 « Y con clamor inútil é importuno ,
 « Mi afecto , pues , la dama solicita.
 « Mas , léjos una vez de mi morada
 « Encontrándome acaso ,
 « Esta maga , Melisa apellidada ,

« La ocasion aprovecha ,
 « Y en mi pecho lanzando atroz sospecha ,
 « De mi amor me disuade ,
 « Diciéndome que es necio
 « Amar á quien nos mira con desprecio.
 « Que tu esposa te es fiel , tú mismo , añade ,
 « Afirmar no podrás , pues á tu vista
 « No es raro que resista
 « A toda seduccion. Déjala sola
 « Conversar y alternar con otros hombres ,
 « Y si , libre , su amor á nadie inmola ,
 « Casta y fiel te permito pue la nombres.
 « Deja por algun tiempo estos parajes ,
 « Y que cundir la voz en torno pueda
 « Que sola en el palacio y libre queda
 « De recibir visitas y mensajes.
 « Si , creyéndote ausente , y rodeada
 « De amantes por ejército importuno ,
 « No se rinde á ninguno ,
 « Digna por ti será de ser amada.
 « Cediendo á este lenguaje , á esta insistencia ,
 « A tentar me decido la experiencia.
 « Mas supongamos , » á la maga digo ,
 « Que esta experiencia venga á ser dudosa ,
 « ¿ Cómo podré saber si de castigo
 « Es digna , ó bien de galardón , mi esposa ?
 — « Darte , » Melisa diceme , « pretendo
 « Cópia de gran virtud y efecto extraño ,
 « Cual aquella que antaño
 « Morgana fabricó , probar queriendo
 « De Ginebra á su hermano el torpe engaño.
 « Quien mujer tiene casta , en ella bebe ;
 « Mas á quien tiene deshonesto dama ,
 « De la boca huye el líquido , que en breve
 « Por su barba y su pecho se esparrama.
 « Antes de tu partida hacer la prueba
 « Podrás , y , no lo dudo , sin estorbo
 « El líquido apurar al primer sorbo.

« Mas si experiencia nueva
 « Tientas á tu regreso, no aseguro
 « Que el pecho no te mojes, ó declaro
 « Que serás de tu especie ejemplo raro.
 « Acepto yo la copa, tomo y hago
 « La experiencia arriesgada; mas felice,
 « Todo absorbiendo el liquido de un frago.
 — « Un mes ó dos, » la mágica me dice,
 « De tu esposa harás bien en alejarte
 « Si completar quieres la prueba. Parte,
 « Parte, y cuando, al volver, el vaso cojas,
 « Veremos si lo bebes ó te mojas. » —
 « Mucho, mucho este viaje me afligia;
 « No porque yo de su virtud dudara,
 « Mas porque lejos de mi esposa cara
 « Vivir me era imposible un solo dia.
 — « A hacerte voy por medios diferentes
 « La verdad conocer, » dice Melisa,
 « Para lo cual es condicion precisa
 « Que ante ella transformado te presentes. —
 « Aquí cerca, señor, el Po defiende
 « Entre sus fieros cuernos una villa,
 « Cuya jurisdiccion hasta la orilla
 « Del mar inquieto desde aqui se extiende.
 « Cede en antigüedad, mas rivaliza
 « Con las demas en lujo y opulencia:
 « Fué esta ciudad construida
 « Por los restos troyanos que con vida
 « Escaparon de Atila á la inclemencia.
 « En ella manda un jóven caballero,
 « Noble, rico, agraciado,
 « Que, de prófugo halcon en seguimiento.
 « Habiendo á este mi alcázar aportado,
 « Y visto á mi mujer, enamorado
 « De ella sintióse en éxtasis violento.
 « Por conseguir lo que su afan desea,
 « Prácticas mil de seduccion emplea;
 « Mas sin descanso repelido, acaba

« Por renunciar por siempre á su victoria,
 « Y de mi esposa, al retirarse, graba
 « La imágen en su pecho y su memoria.
 « Aconsejado yo por la hechicera,
 « La forma de este jóven al fin tomo.
 « Y con ella Melisa, no sé cómo,
 « Me da su voz, su andar, su cabellera.
 « Despues de haber dejado
 « Persuadida á mi esposa de mi viaje,
 « Ante ella me presento en otro traje,
 « Y con distinto hablar, acompañado
 « De la hechicera, disfrazada en paje,
 « Y cargada de rica pedreria,
 « Cual la que el Indo al Occidente envia.
 « Con ella, pues, en el alcázar entro,
 « Voy á la estancia de mi esposa, y sola,
 « Sin paje ni doncella, alli la encuentro.
 « Mis súplicas expóngole, y su vista
 « Queriendo y su alma fascinar, preparo
 « De rubis y diamantes larga lista,
 « Estimulo fatal, al cual es raro
 « Que el mas constante corazon resista.
 « Que poco ó nada es este don le digo,
 « Si con los que la esperan se compara;
 « La ocasion que la suerte nos depara
 « La exhorto aprovechar; pues ni testigo
 « De ello será, ni sabedor, su esposo:
 « Recuérdole cuan viva, cuan intensa,
 « Cuan digna es de merced y recompensa
 « La pasión que me priva de reposo.
 « Bañado el rostro en púrpura, parece
 « Al pronto que á escucharme se rehusa;
 « Mas, al mirar mis joyas, se enternece,
 « Mi ardor perdona, su flaqueza excusa,
 « Y con trémula voz y faz confusa,
 « El corazon rasgándome, me ofrece
 « A mi ruego acceder si le prometo
 « No revelar á nadie este secreto.

« Tales palabras son cual flecha aguda,
 « Que abre en mi corazon profunda llaga.
 « En las venas la sangre se me apaga,
 « Y la voz en las fauces se me anuda.
 « Alzando entónces de su encanto el velo,
 « Mi antigua forma vuélveme la maga.
 « Juzga tú cual mirar entónces debe
 « Al esposo infeliz la esposa aleve.
 « Pálidos, cual la muerte, el labio mudo,
 « Fija en tierra la vista, ambos quedamos;
 « Fuerzas mi lengua hallar apénas pudo
 « Para decir: — ¿Así, mujer perjura,
 « Osas vender mi honor y mi ventura? —
 « Inmóbil ella en tanto,
 « Vierte, sin responder, un mar de llanto.
 « Por sentir ante mi rubor comienza,
 « Al mirar el desprecio que me inspira;
 « Mas, deponiendo luego la vergüenza,
 « Odio, desden y cólera respira.
 « Resuelta á abandonarme, no bien mira
 « Del sol sumirse en el ocaso el coche,
 « Corre hácia el rio, salta en una barca,
 « Y el remo hace agitar toda la noche.
 « Al otro dia, de su antiguo amante,
 « Cuya forma y semblante
 « Usurpé yo, preséntase á la vista,
 « Y me manda á decir que con su afecto
 « No cuente ya, ni que por verla insista.
 « ¡Ah, mísero de mí! Desde aquel dia
 « Juntos los dos en júbilo rebosan;
 « Miétras en lenta y bárbara agonía
 « Los zelos y el dolor á mi alma acosan.
 « Crece mi mal, y muerto
 « Yo quedara á su impulso el primer año,
 « Si á aliviar mi tormento
 « No viniera un consuelo, de otro daño.
 « Diez años ha, señor, que este mi techo
 « A cuantos pisan esta tierra acoge,

« Sin hallar un solo hombre á quien el pecho
 « El encantado líquido no moje.
 « El ver que tengo tanto compañero,
 « Hace mi suerte un tanto ménos triste;
 « Pues tú fuiste de todos el primero
 « Que á beber en mi copa resististe.
 « Mi anhelo por saber lo que no debe
 « Profundizar jamas ningun marido,
 « El resto de mi vida, largo ó breve,
 « A arrastrar infeliz me ha reducido.
 « De esto Melisa alégrase; mas presto
 « Cesa su gozo: pues, habiendo sido
 « Ella la causa de mi error funesto,
 « Léjos de conquistar, cual lo creía,
 « En mi alma el puesto de la esposa mia,
 « Ve que huyo su presencia y la detesto.
 « Y, no tener queriendo ante los ojos
 « Siempre un despertador de sus enojos,
 « Huye de este paraje; de manera
 « Que no he vuelto á saber de esta hechicera. »
 Así concluye el huésped infelice.
 Pensativo el guerrero
 Y movido á piedad: « Fatal, » le dice,
 « Fué en verdad el consejo de la maga,
 « Y tú, yendo á agitar el abispero
 « Y á escudriñar lo que ignorar debias,
 « Has cometido indiscrecion aciaga.
 « No así pensar que á tu mujer sedujo
 « La avaricia te afane ni confunda,
 « Pues la primera no es, ni la segunda,
 « A quien rindió su irresistible influjo.
 « De esto, pues, no te asombres,
 « Que otras mas fuertes que ella han sucumbido,
 « ¡Y qué! ¿no has visto mil ejemplos de hombres
 « Que por oro á sus dueños han vendido?
 « Si vencer no querias, proveerte
 « De tan terribles armas no debiste,
 « Pues contra el oro, ni el acero fuerte,

T. II. 18

« Ni la piedra mas sólida resiste.
 « Mayor falta, á mi ver, que ella en cederte,
 « Tú, su virtud tentando, cometiste;
 « Pues acaso te engañas, si supones
 « Que resistido habrias
 « Tú de su parte á iguales sugeriones. » —
 Así dice Reinaldo, y sin demora
 Se alza, pues son contados sus instantes,
 Por ir un rato á descansar, que un hora
 Piensa, ó dos, partir ántes
 Que al orbe alumbre el carro de la aurora.
 « Quedarte, si te place, » dice el viejo,
 « Puedes aquí, pues cómoda morada
 « Te tengo en mi palacio preparada;
 « Mas si seguir prefieres mi consejo
 « A tus cansados miembros dando treguas,
 « Podrás, durmiendo, andar algunas leguas.
 « Yo para ello te haré, si asi te agrada,
 « Una barca aprestar, que, en raudo sesgo,
 « Bogando sin fatiga, ni sin riesgo,
 « Tu viaje acortará de una jornada. »
 Gustoso acepta el héroe la propuesta,
 Y, gracias dando al huésped, llega en breve
 A la orilla del rio, do dispuesta
 La gente está que acompañarle debe.
 En medio de esto, entrégase al reposo;
 En tanto que seis remos á la nave,
 Mas rápida que un ave,
 Guian del rio por el seno undoso.
 Mandando le despierten cuando el leño
 De Ferrara esté ya á corta distancia,
 La frente inclina, y en profundo sueño
 Queda sumido el paladin de Francia.
 Hácia su izquierda, atras deja á Melara;
 Hácia la diestra Sérmi se esconde,
 Y Figarolo y Stellata, en donde
 Sus dos cuernos, mugiendo, el Po separa.
 De estos el diestro toma el navegante,

Dejando al otro que á Venecia corra,
 Y á Bondeno atraviesa, en el instante
 En que la huella de los astros borra
 La aurora con sus fúlgidos reflejos.
 Entónces, desde léjos
 Descubriendo las rocas de Tebaldo,
 La cabeza por fin alza Reinaldo.
 « ¡Oh ciudad, » dice, « venturosa y bella!
 « Del cielo contemplando cada estrella,
 « O de un demonio haciendo un adivino,
 « Conmigo su camino
 « Siguiendo Malgesi, díjome un día
 « Que de todas las cortes de la Italia
 « Ninguna en esplendor te igualaria. »
 Así diciendo el héroe, diligente
 En el bajel aligero navega,
 Y á ver la islilla llega
 Que mas próxima está del continente.
 Grande es, al verla, el gozo que le cabe,
 Bien que inculto su suelo ve y arisco,
 Pues por su primo sabe
 Que, cuando Aries del sol en torno al disco
 Sus setecientas órbitas acabe,
 Esta ínsula ha de ser la mas fecunda
 Que cuantas rio, lago ó mar circunda,
 De la de Nausicaa en el olvido
 Sumiendo el nombre hasta hoy esclarecido.
 Decir tambien le oyó que, en elegancia
 Y arquitectura, competir podia
 Con aquella que un día
 Fué de Tiberio favorita estancia;
 Y que de las Hespérides no habia
 Flores en el verjel de igual fragancia;
 Que copia de animales mas hermosa
 Circe jamas en sus establos vido;
 Y que, en fin, con las Gracias y Cupido
 De Chipre allí se ha de fijar la diosa.
 Tanto prodigio obra será del arte

Que, á irresistible voluntad unido,
Ceñirá esa ciudad con un baluarte
Capaz de resistir al mundo entero
Sin pedir nunca apoyo al extranjero.

De Hércules padre, y de otro Hércules hijo
Será su fundador, segun predijo
Al héroe Malgesi. Reflexionando
Aquel en estas cosas, recordaba
Lo que escuchó de boca de este, cuando
El vago porvenir vaticinaba ;

Y la ciudad de nuevo contemplando,
« ¿Es posible, » exclamaba,
« Que en medio de esos hondos cenagales
« Han de brillar las artes liberales ?
« ¿Que do apénas hoy se alza una cabaña,
« Gran ciudad ha de verse, extensa y rica,
« Y en vez de ese pantano que la baña,
« Campos donde el trabajo fructifica ?
« ¡ Bienhadada ciudad ! yo de antemano
« Venero la bondad, la cortesía
« De cuanto rey, guerrero ó ciudadano,
« En tu seno ha de ver la luz del día.
« Y ojalá que, propicia
« La alta Bondad á mi serviente ruego,
« A tus príncipes dé ciencia y justicia,
« A tí ventura, amor, paz y sosiego.
« Que del furor te libre y la perfidia
« De contrarios vecinos, y que todos,
« Al verte tan feliz, rabien de envidia. »

Por la onda en tanto sin cesar resbala
La nave, á quien en rapidez no iguala
El halcon que á la vista del reclamo
De su dueño á las órdenes responde.
Del diestro cuerno toma el diestro ramo
Luego el patron, y la ciudad se esconde.
Queda San Jorge atras, y atras lejana
La torre de la Fosa y de Gaibana.

Mas, siendo cosa que á menudo aviene

Que una idea con otra se encadene,
De la noche anterior la triste historia
Se ofrece de Reinaldo á la memoria ;
Y recordando luego la experiencia
Que le narró su huésped haber hecho,
Sin hallar nunca un hombre tan felice
A quien el vaso nó mojare el pecho,
Ora angustiado, y ora satisfecho,
Concluye así : — « Bien hice

« En no tentar la prueba. Favorable,
« En mi opinion tan solo me afirmara.
« Adversa, ¡ qué dolor me preparara !
« Si honesta es mi Clarice, cual lo pienso,
« Poco en venir á la experiencia gano ;
« No siendo así, yo hallara de este arcano
« En la revelacion peligro inmenso.
« Inútil fuera, pues, y empeño loco
« Tanto exponer para ganar tan poco. »

Así reflexionando el caballero
De Montalban estaba. Un marinero,
Que lo ve cabizbajo y pensativo,
Por saber el motivo
De esta inquietud acércase, y, resuelto
Como hombre que no teme, y que bien habla,
Plática en breve con Reinaldo entabla.
Oyendo del alcázar la aventura,
Conviene en que locura
Del huésped fué querer tentar la prueba,
A que no hay hombre que exponerse deba ;
Pues la mujer que, desdeñando el oro,
Conservar sabe ileso su decoro,
Fácilmente á la vista resistiera
De espadas mil ó de encendida hoguera.

« Bien tú dijiste, » añade, « que imprudente
« Anduvo en ofrecer precio tan alto ;
« Pues es difícil á tan rudo asalto
« Hallar mujer que resistir intente.
« No sé si á vuestro oído

« Llegó la historia, á aquesa parecida,
 « De una jóven que, infiel á su marido,
 « Estuvo á punto de perder la vida
 « Por semejante error. Cosa es notoria
 « Que ante el oro todo ánimo se inclina;
 « Mas mi dueño, olvidándolo, su ruina
 « Consumó por su falta de memoria.
 « Acordarse debia
 « A lo ménos, cual yo, la triste historia
 « Que avino en la ciudad, su patria y mia,
 « Cuyos muros sujeto el Menzo cerca,
 « Formando en torno un lago y una alberca.
 « De Adonio quiero hablar, por quien fué dado
 « Un perro á la mujer de un magistrado.
 « — « Esta historia, sabida de vosotros, »
 Interrumpe Reinaldo,
 « Allende de los Alpes no ha cundido,
 « Ni en Francia, ni en los otros
 « Paisés que hasta agora he recorrido;
 « Y si tal narracion no te incomoda,
 « Habla; yo mi atencion te ofrezco toda. »
 « — « No ha mucho, » empieza el marinero, « habia
 « En esta tierra un noble caballero,
 « Que en ropaje talar su adolescencia
 « Pasó de Ulpiano en estudiar la ciencia.
 « Mujer proporcionada á su fortuna,
 « Noble y honesta por buscar se afana,
 « Hasta que, en fin, por estos ruedos una
 « Encuentra de belleza sobrehumana.
 « Su faz risueña, su ademan gracioso,
 « Respiraban dulzura y alegría,
 « Y amor, acaso mas del que al reposo
 « Y al rango del esposo convenia.
 « Dueño de esta beldad, él los desvelos
 « Empieza á resentir de horribles zelos,
 « Magüer que el ser tan cándida y tan bella
 « Es el solo defecto que ve en ella.
 « En la ciudad á la sazón vivia

« Un caballero, ilustre descendiente
 « De la altanera estirpe que debia
 « El ser á la quijada de serpiente,
 « De do salió la gente
 « Que con Manto fundó la patria mia.
 « De la esposa del juez enamorado
 « Este jóven, Adonio apellidado,
 « Por cautivar su corazón ostenta,
 « En banquetes opíparos y en trajes,
 « Lujo capaz de devorar la renta
 « De los mas opulentos personajes:
 « Así fué que en dos años vido Adonio
 « Consumido su pingüe patrimonio.
 « La casa, á todas horas frecuentada
 « Por amigos en dias mas felices,
 « Sola quedó cuando se vió privada
 « Su mesa de faisanes y perdices.
 « Pobre, casi mendigo,
 « No encuentra Adonio entónces un amigo.
 « En la angustia horrorosa que le aqueja,
 « Partir medita hácia region lejana;
 « Y con esta intencion, una mañana,
 « Su patria solo y en silencio deja.
 « Mas mientras, en llanto y afliccion profunda
 « Sumido, sigue al borde del estanque
 « Que á la ciudad, dejada atras, circunda,
 « Y de su bella amiga
 « El recuerdo incesante le atosiga,
 « Otro rumbo á su espíritu cansado
 « Viene á dar un suceso inesperado.
 « Viendo á un rústico allí, que, con su vara
 « Sacudiendo unos troncos, se fatiga,
 « Su curso Adonio para,
 « Rogándole le diga
 « La causa de este afán. — « Entre esas plantas, »
 Dice el gañán, « una serpiente he visto,
 « Que es la mayor de cuantas
 « De cerca contemplé desde que existo,